

Los Mares del Sur

A Monti

Una tarde caminamos por la falda de un cerro, silenciosos. En la sombra del tardo crepúsculo mi primo es un gigante vestido de blanco, que se mueve tranquilo, con la cara bronceada, taciturno. Callar es nuestra virtud.

Algún antepasado nuestro debió estar muy solo —un gran hombre entre idiotas o un pobre loco— para enseñar a los suyos tanto silencio.

Mi primo habló esta tarde. Me preguntó si subía con él: desde la cumbre se divisa, en las noches serenas, el reflejo del distante faro de Turín. “Tú que vives en Turín...” me ha dicho “...pero tienes razón. La vida se vive lejos del pueblo: se aprovecha y se goza y luego, al volver, como yo, de cuarenta años, se encuentra todo nuevo. *Le Langhe* no se pierden.” Todo esto me ha dicho y no habla italiano pero emplea lentamente el dialecto, que, como las piedras de este mismo cerro, es tan escabroso que veinte años de idiomas y océanos distintos no han podido mellárselo. Y sube por la cuesta con la misma mirada abstraída que he visto, de niño, en los labriegos un poco cansados.

Veinte años anduvo viajando por el mundo. Se fue cuando yo era todavía un niño cuidado por mujeres y lo dieron por muerto. Después oí hablar de él a las mujeres, en ocasiones, como en un cuento; pero los hombres, más serios, lo olvidaron. Un invierno a mi padre ya muerto le llegó una postal con una gran estampilla verdosa de barcos en un puerto y deseos de buena vendimia. Causó gran asombro pero el niño ya grandecito explicó con vehemencia

que el mensaje venía de una isla llamada Tasmania rodeada de un mar más azul y feroz de escualos, en el Pacífico, al sur de Australia. Y agregó que sin duda

el tal primo pescaba las perlas. Y arrancó la estampilla.

Cada uno expresó su propio parecer, pero todos estuvieron de acuerdo que, si no había muerto, moriría. Luego todos lo olvidaron y pasó mucho tiempo.

Oh, desde que yo jugaba a los piratas malayos, cuánto tiempo ha transcurrido. Y desde la última vez que bajé a bañarme en un lugar peligroso y seguí a un compañero de juegos en un árbol quebrando bellas ramas y descalabré a un rival y fui golpeado, cuánta vida se ha ido. Otros días, otros juegos, otros sacudimientos de la sangre ante rivales más elusivos: los pensamientos y los sueños. La ciudad me ha enseñado temores infinitos: una multitud, un calle me han hecho temblar, un pensamiento, a veces, espiado en un rostro. Siento aún en los ojos la luz burlona de miles de faroles sobre el tropel de pasos.

Mi primo regresó al terminar la guerra, gigantesco como pocos. Y con dinero. Los parientes murmuraban: “En un año, cuando mucho,

se lo come todo y se larga.

Los desesperados mueren así.”

Mi primo tiene una cara resuelta. Compró una planta baja

en el pueblo y mandó hacer un garage de cemento con su flamante bomba de gasolina afuera y en la curva del puente un gran letrero. Luego empleó a un mecánico que recibía el dinero

mientras él paseaba por *Le Langhe* fumando.
Entretanto se había casado en el pueblo. Se pescó a
una muchacha
rubia y delgada como las extranjeras
que de cierto encontró alguna vez por el mundo.
Pero siguió saliendo solo. Vestido de blanco,
con las manos a la espalda y el rostro bronceado,
en las mañanas iba a las ferias y con aire de sorna
contrataba caballos. Después me explicó,
al fallarle los planes, que su proyecto
había sido el de suprimir a todas las bestias del valle
y obligar a la gente a comprarle motores.
“Pero la bestia”, decía, “más grande que existe
soy yo por haberlo pensado. Debía saber
que aquí bueyes y hombres son una misma especie”.

Llevamos caminando más de media hora. La cumbre
está cercana,
alrededor aumenta el rumor y el silbido del viento.

Mi primo se detiene de pronto y se vuelve: “Este año
escribo en el letrero: *Santo Stefano*
siempre ha sido el primero en las fiestas
del Valle del Belbo— y que los de Canelli
digan lo que quieran”. Y retoma la cuesta.
Un perfume de tierra y de viento nos envuelve en la
sombra,
hay luces a lo lejos: granjas, automóviles
que se oyen apenas; y pienso en la fuerza
que me ha dado este hombre, arrancándolo al mar,
a las tierras lejanas, al silencio que dura.
Mi primo no habla nunca de los viajes de los viajes
que ha hecho.

Dice a secas que ha estado en algunos lugares
y piensa en sus motores.

Sólo un sueño
le ha quedado en la sangre: una vez, siendo fogonero,
contempló a las ballenas en un barco de pesca
holandés,
él ha visto volar los pesados arpones al sol,
ha mirado escapar las ballenas entre espumas de
sangre
y seguirlas y alzarse las colas y luchar con la lanza.
A veces me habla de esto.

Pero cuando le digo
que él es de los afortunados que han visto la aurora
en las islas más bellas de la tierra,
sonríe al recordarlo y responde que el sol
se alzaba cuando el día ya era viejo para ellos.◇